

J. P. Pérez Sáinz
Peter C. Meir
Sabine Fischer
Alan Middleton
Fabio Villalobos
Oswaldo Albornoz P.
Winston Moore Casanovas
Leopoldo Allub
Marco A. Michel
Erika Silva
Iván Irigoyen Mulen
Alejandro Moreano

Rafael Quintero
Renè Zavaleta
Segundo Moreno
Mishy Lesser
José Bengoa
Roberto Mizrahi
Manuel Agustín Aguirre

**NUMERO
DOBLE**

**REVISTA
CIENCIAS
SOCIALES**

15
16

volumen V-1984

DIRECTOR: Rafael Quintero

CONSEJO EDITORIAL: Gonzalo Abad, Oswaldo Albornoz, Iliana Almeida, Enrique Ayala, Luis Barriga, Amparo Carrión, Adrián Carrasco, Alfredo Castillo, Diego Carrión, Agustín Cueva, Martha de Diago, Esteban del Campo, Manuel Chiriboga, Bolívar Echeverría, Xavier Garaicoa, Daniel Granda, Andrés Guerrero, Nicanor Jácome, Juan Manguashca, Pablo Mariñez, Manuel Medina Castro, Enzo Mella, Manuel Miño, Alejandro Moreano, Segundo Moreno, Ruth Moya, Elías Muñoz, Gonzalo Muñoz, Miguel Murmis, Lautaro Ojeda, Oswaldo Barsky, Simón Pachano, Françoise Perus, Arturo Roig, Napoleón Saltos, Erika Silva, César Verduga.

CORRESPONSALES: Eduardo Archeti (Países Escandinavos), Eduardo Serrano (Cuba), Luis Borchies (Suecia), Fernando Ossandón (Perú), CESEDE (Francia), Raúl Iriarte (Chile), Daniel Camacho (Costa Rica), Mario Posas (Honduras), Percy R. Vega (Guatemala), Raúl Leis (Panamá), Angel Quintero (Puerto Rico), Virgilio Godoy y Reyes (Nicaragua), Jean Casimir (Trinidad—Tobago), Cary Hactor (Canadá), Milagros Naval G. (Madrid), Clóvis Moura (Sao Paulo), Jeannette Kattar (Senegal), M. Cristina Cordero (Australia), Pablo Estrella (Cuenca), Rubén Calderón (Machala), Liiza North (Toronto), Marco Antonio Michel (México, D.F.), Carlos Ojeda Sanmartín (Esmeraldas).

**UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FACULTAD DE JURISPRUDENCIA
ESCUELA DE SOCIOLOGIA**

DECANO DE LA FACULTAD: Dr. César Muñoz Llerena.

**DIRECTOR DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGIA:
Dr. Gonzalo Muñoz**

Instituciones Asociadas:

**CEPLAES, CIUDAD, CIESE,
FLACSO**

REVISTA CIENCIAS SOCIALES

Revista Trimestral

**PRECIOS: Ejemplar único 150 sucres
Número doble 200 sucres**

SUSCRIPCION ANUAL (cuatro ejemplares):

Ecuador	500 sucres
Europa, Canada, México y Centroamérica	30 US Dólares **
Sudamérica	25 US Dólares **

**** Correo Aéreo**

**CANJES: Biblioteca de la Escuela de Sociología,
Universidad Central del Ecuador,
Ciudad Universitaria, Quito - Ecuador.**

**SUSCRIPCIONES: Biblioteca de la Escuela de Sociología,
Universidad Central del Ecuador. Teléfono 235430.**

**LEVANTAMIENTO DE TEXTOS: Sra. Clemencia de Ortiz
Francisco de Nates 401 e Hidalgo de Pinto,
Teléfono 450351. Quito - Ecuador.**

**DIAGRAMACION Y ARMADO: CIUDAD, Alejandro
Valdez 409, Teléfono 523647. Quito - Ecuador.**

PORTADA: Marco Vásquez

**COMUNICACIONES al DIRECTOR: Villalengua 1410,
Teléfono 453773. Quito - Ecuador.**

COMENTARIOS

EL ARTE DE LEER PARA CULTIVARSE

MANUEL AGUSTIN AGUIRRE

Si de improviso, como una piedra que cae, antes de saludarlo, le dijera, mi buen amigo y pacífico lector, que usted no sabe leer, es natural que moviera los ojos desesperadamente, encrespara la sangre, y luego de inflamarse como corresponde a una persona ofendida, se pusiera tal vez a punto de lanzarme el más gordo adjetivo de su vocabulario. Y sin embargo de preveer el peligro, le digo, señor, categóricamente, que usted no sabe leer; y aún orondo y satisfecho, trataré de probarse, si trocando el enojo en atención, se asigna a escucharme. No es que yo me suponga, ilustre lector, que usted no sepa traducir, y con mucho éxito los mil signos escritos que hormigean sobre las páginas de un libro, no; creo, por el contrario, que usted devuelve esos sonidos maravillosamente, y destripa con gran facilidad cualquier cosa impresa, por más patojas y torcidas que encontrare las letras apretujadas por el impresor. Pudiera ser aún más, amigo mío que allá en los tiernos días de octubre, cuando fuera estudiante, resultara premiado en un concurso de lectura, porque en su "de corrido", llegara el primero a la meta, sin tropezar en las palabras. Pero eso sólo no es lectura amiguito lector. Eso será sencillamente la habilidad reproductora de aquella cajita radiofónica que se halla frente a usted y recita sin titubear estas palabras amistosas, que le harán sonreír o atrapar de improviso el más arisco de los sueños. Pero yo no hablo de ello. Cuando dije así claramente, que usted no sabe leer me estaba refiriendo no a la lectura blanda, resbalosa, epidérmica, en la cual usted luce sino a la verdadera, a la que realizamos para crecer y

cultivarnos. Y en este caso, amigo mío, la lectura ya es algo más difícil, aunque usted no se lo haya imaginado.

Para que la lectura cumpla la alta misión de cultivarnos, no será solamente la corriente emisión de los sonidos —mano sobre la piel— sino la comprensión razonada, paciente y reflexiva de la obra que leemos. Tiene usted que poner su inteligencia, su sensibilidad y su cultura, al servicio del libro que interpreta. Porque el lector es un nuevo creador; el lector resucita todo el tesoro intelectual embalsamado entre las páginas marchitas. Por él vuelven a ser, a existir, a llenarse de vida, todos los pensamientos, los sentimientos, los ideales, las pasiones, que el escritor aprisionó en la jaula de aquellos signos pequeñitos. Todo ese mundo inmóvil, silencioso y estático, recluido entre las cerraduras de un libro, espera ansiosamente al lector que ha de liberarlo, que ha de abrir las puertas acartonadas y secas para inyectarle sangre de sus venas y sacarlo al sol de la vida.

Al contacto cálido del lector, el personaje de la novela, por ejemplo, petrificado, frío, con los goznes enmohecidos, vuelve a ponerse en pie, a palpar, a sentir la llamita de la carne que vive y a marchar de nuevo por el mundo, roído por el odio, el amor y todas las otras pasiones que afilan sus ojillos agudos y fusilantes.

Don Quijote vuelve a cabalgar su rocín y trota por los campos de Montiel; el Rey Lear, se arranca los cabellos bajo la tempestad; y aquel gigante Gargantúa, vuelve a llenar la andorga y cosquillarnos los ijares con sus hazañas portentosas. Se desperezan y

empiezan a moverse en este tubo de agua tibia que llamamos el mundo. Lo mismo sucederá con la angustia, el dolor o la risa aprisionados en el poema, o con la idea genial prendida en la página sabia. Estamos en pleno milagro, el milagro de la lectura.

Un escritor vuelve a vivir tantas veces cuantas se encuentre con un lector inteligente que sepa vitalizar el contenido de su obra. Y este continuo volver a vivir es lo que constituye la inmortalidad y es para muchos el aguijón que empuja a la producción literaria y científica. Pero para dar vida es necesario tenerla; para realizar aquella función vivificadora, se requiere capacidad vivificante. El que no es capaz de elevarse hasta la altura del autor y pensar y sentir como el lo hizo, nunca podrá inyectar vida a su obra; es decir, leerla. Por eso cuando un autor nos pasa sobre el hombro, cuando su talla intelectual nos sobrepasa, la lucha para leer se volverá terrible. Y es que para recrear, volver a crear la obra de ese hombre, tenemos que ponernos de puntillas y nuestra situación se vuelve incómoda. Para entender realmente a un filósofo, tendremos, en lo posible, que pensar y sentir como filósofos, hemos de hacer filosofía; la misma actitud habremos de adoptar si se trata de un poeta, de un científico o un novelista. El buen lector ha de esforzarse por penetrar el auténtico sentido de la obra, extrayendo de ella el jugo puro sin mezclas ni nixtificaciones. Hay que evitar la traición y el bajo asesinato del autor. Entregarnos primero, para luego poseernos, hacer lo nuestro.

¿Pero esto será todo? ¿Con esta necesaria entrega que hace posible llegar al tuétano del escritor, tendremos ya la lectura verdadera? No, amigo mío, este será el primer momento; pero luego, cuando la obra se encuentre aprisionada en nuestras venas y bebido su jugo, llegará la obra de la reflexión crítica, del balance justiciero, que aquilate el producto, contrastándolo con nuestras experiencias, con nuestro propio modo de pensar y sentir, para aceptarlo o rechazarlo. Nuestro yó silencioso, principia a recobrar su independencia y se vuelve el juez que medita, que compara y sentencia. "La lectura provechosa es la actividad del espíritu, toma conciencia

de nuestras opiniones confrontadas con las del escritor; clasificación de recuerdos, meditación, trabajo, como dice Roustand en sus "Problemas de la Cultura".

Por eso la experiencia nos enseña a leer muchas veces un libro para entenderlo y meditarlo; porque la reflexión constituye la crítica, la justa estimación de lo leído; sin ella seríamos esclavos repetidores de conceptos, veletas que giran al viento del último libro encontrado. Por ello es que alguien dijo, justamente, que un crítico no era otra cosa que un hombre que ha aprendido a leer; ya que los dos momentos: comprender y sentir la obra, para luego enjuiciarla, son los que constituyen una lectura verdadera.

Esto no quiere decir, naturalmente, que comprensión y enjuiciamiento sean dos actos distintos y que han de realizarse en forma independiente, pues siempre marchan confundidos y su separación obedece a un afán de claridad. Por lo mismo, la serie de lecturas dependerá, lógicamente de la altura que alcance el libro, pues aquél cederá al primer empuje y otros resistirán sin entregarse por muchas veces que los visitemos.

Todo dependerá de la distancia, del nivel cultural que exista entre nosotros y el autor.

Y aquello de la cultura y de la obra del nivel cultural, nos lleva de la mano a plantear otro problema: ¿Es conveniente leer todos los libros, cualquiera que estos sean, o mejor al contrario, tendremos que seguir rígidamente un plan escalonado de lecturas? ¿Hay que buscar los libros fáciles o mejor enfrentarnos con aquéllos que nos superan infinitamente? ¿Qué relación proporcional debe existir entre nosotros y la obra que leemos? Si la lectura, tal como queda expuesto significa un trabajo, no debemos gastar el largo tiempo que es necesario para realizarla, leyendo obras mediocres que nada aportan a nuestra cultura. Si la obra es inferior o nos nivela no podrá cultivarnos y nos hará perder el tiempo. "Puesto que leemos para exponernos a sufrir influencias, nuestra primera regla debe ser desterrar lo mediocre", dice Roustand y añade: "claro está que tendremos que consultar a menudo obras de segundo o ter-

cer orden, hacer investigaciones en repertorios sin valor literario, tomar conocimiento de los documentos confusos, de publicaciones redactadas apresuradamente. Pero cuando experimentamos esas necesidades, sepamos que no nos cultivamos; por el contrario aprendemos a pensar y escribir mal".

Es conveniente, por lo mismo, seleccionar nuestras lecturas, buscando aquellos libros de verdadero valor, que nos exijan un empeño para penetrar su sentido, porque sólo el esfuerzo es capaz de engendrar cultura. Pero esto no debe llevarnos a emprender la lectura de obras que por su naturaleza y especialización se encuentren fuera del radio de nuestro anhelo comprensivo; pues, no sólo sería ineficaz, sino más bien absurdo, que un hombre que no ha pasado de ejecutar las cuatro operaciones se proponga entender a Einstein que es el rompecabezas de los más altos matemáticos; o que un párvulo se fuga de la escuela para entregarse a Kant. Sería de nuevo el cuento de la hormiga intentando mover una montaña o de aquel piojo pequeñito pero muy empeñado en desollar un elefante. Lo raro, amigo mío, es que todos los días nos encontramos en la calle con el piojo y la hormiga y ésta nos asegura que volteó la montaña y aquel que desprendió la piel entera para ablandar su lecho. Pero nosotros nos sonreímos y les volvemos las espaldas, porque resulta tonto creerles. Hay obras que para su plena comprensión necesitaban la base de otros conocimientos anteriores y nuestro esfuerzo para comprenderlas resultará infecundo si no nos acercamos metódicamente, pisando en todos los peldaños, siguiendo un plan escalonado y racional. Organizar nuestras lecturas, darles una dirección determinada y concreta, evitando llegar

al vagabundaje intelectual, es esencial para el verdadero lector.

El falso concepto de lo que es la lectura y la falta de acierto en la elección de los libros leídos, producen los falsos lectores. Estos se encuentran en números redondos y sería interesante, pero largo, clasificarlos en sendos grupos de semejanza psicológica. Comenzaríamos por el "estafador" que llega a leer únicamente el título y el índice del libro y una, dos o tres frases y aprende de memoria, para luego aplastarnos con sus citas innumerables. Fichero de biblioteca, hombre catálogo, lo he llamado ya alguna vez; luego el tipo "voraz", saco repleto de papel, tonel inmenso de basura, hombre que se antiborra de revistas y diarios, prospectos, anales y libros de todos los colores, especialmente folletines, que lee a cien kilómetros por hora, sudoroso acechante. Si tiene un tanto de memoria, llegará a bodega o archivo. Vendrá luego el "gran simulador intelectual" que traiciona al autor y lo vende. Le cogió la manía de caminar en zancos. Se apunta a nombres altos. Es el que juega a Kant, a Fichte, Shopenhauerr, Hegel y Marx, a quienes dedicó unas pocas horas después del fox y el tango, y que alzando los brazos se coloca frente a nosotros, junto a nuestras narices, eruptando sabiduría indigesta, dándose mucho tono, inflándose, choqueando. Y más acá, y a la derecha tipos y tipos de falsos lectores.

Que risa, amigo mío, cuando se vacían como unos zurrones. Hablando propiamente, ninguno de ellos ha leído, se han revolcado solamente sobre las páginas del libro. Y aquí la palabra de Goethe: "Las buenas gentes no saben el tiempo y trabajo que cuesta aprender a leer. He trabajado en ello ochenta años y aún no puedo decir que lo haya conseguido".

